

Julio César Jobet

Notas sobre los problemas de la historia

(Conclusión)



A concepción irracionalista de la Historia influyó notablemente, en días recientes en la tendencia que abusó conscientemente de la Historia con fines políticos, abandonando todo principio científico, para encadenarla y someterla servilmente a doctrinas transitorias y erradas. El fascismo nacionalista colocó la historia al servicio del interés determinado de un pueblo o estado con definida intención. Hizo de la Historia una caricatura por su carácter estrecho y tendencioso. Los dominadores que decretaban que toda salvación provenían de la raza y espíritu germánicos, en el fondo sabían que no era sí y que tal afirmación estaba reñida con la ciencia y por eso se refugian en la intuición bergsoniana como punto de partida para la intelección histórica, a pesar de que Bergson expuso sus teorías sin ninguna finalidad tendenciosa.

En la misma forma, la Filosofía irracionalista de la Historia, ha influído en el anti-historicismo del poeta Paul Valery, quién rechaza el valor del conocimiento histórico en su obra: «De

l'Histoire, regards sur le monde actuel», en los siguientes términos: «La Historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto. Sus propiedades son de sobra conocidas. Hace soñar, embriagar a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, les mantiene abiertas sus heridas, les atormenta en su descanso, les conduce al delirio de grandezas o al de la persecución y torna amargas, insoportables y vanas a las naciones».

* * *

A menudo se ha confundido a la Filosofía de la Historia con la Sociología y son numerosos los escritores que defienden esta identidad; sin embargo, son bien diferentes. Es verdad que, históricamente, la Sociología tiene sus raíces en la Ciencia Política y en la Filosofía de la Historia. Solamente en el siglo XIX se aparta y adquiere personalidad propia la Sociología. Ha sido Augusto Comte quien ha creado el vocablo. Lo emplea por primera vez en el tomo IV de su «Curso de Filosofía Positiva, cuya primera edición apareció en 1839, en vez de Física Social, como decía en sus primeras lecciones, para evitar confusiones con la «Física Social» de Quélet (1835). Dice Comte, en el tomo citado: «Creo que puedo aventurarme desde ahora a emplear este término, equivalente exacto de mi expresión física social ya introducido, con el objeto de poder designar con un solo nombre esa parte complementaria de la filosofía natural que se refiere al estudio positivo de todas las leyes fundamentales relativas a los fenómenos sociales». Franklin E. Giddings en sus «Principios de Sociología» (análisis de los fenómenos de asociación y de organización social) define a la mencionada ciencia como «la descripción sistemática y la explicación de la sociedad considerada como un todo» y agrega que «es la tentativa de explicación del origen, desenvolvimiento, estructura y actividad de la sociedad por la acción de causas físicas, vitales y psíquicas que obran

concertadamente en un proceso de evolución». Los tratadistas William F. Ogburn y M. F. Nimkoff en su reciente libro: «A handbook of Sociology», consideran que la Sociología tiene por objeto el estudio de la vida social y que ésta es el resultado de la interacción de cuatro factores principales: el organismo biológico, el medio geográfico, los procesos de grupo y la herencia cultural. El complejo campo de la Sociología es mirado bajo las directivas de la naturaleza humana, de la cultura, de la conducta colectiva, de las instituciones sociales, de las comunidades y del cambio social.

Estimo que es el profesor de la Universidad de Londres Morris Ginsberg, quien, en su «Manual de Sociología», resume mejor las funciones esenciales de la Sociología y que para él son las siguientes: 1. Intenta ofrecernos lo que puede llamarse una morfología o clasificación de los tipos y formas de las relaciones sociales, especialmente de aquéllas que se definen como instituciones y asociaciones. 2. Busca determinar la relación existente entre las diferentes partes o factores de la vida social; por ejemplo, entre el factor económico y el político, el moral y el religioso, el moral y el jurídico, el intelectual y los distintos elementos sociales. 3. Se esfuerza por desentrañar las condiciones fundamentales del cambio y la estabilidad social, ya que las relaciones sociales dependen verosímilmente de la naturaleza de los individuos y de sus relaciones entre sí, con la comunidad y con el medio externo. La Sociología pretende pasar de sus generalizaciones empíricas preliminares a las leyes más últimas de la biología y la psicología y, en lo posible, a leyes sociológicas específicas no reducibles a las que regulan la vida y la psique de los organismos individuales. Para ello debe mantener relaciones con la Historia, que le permite el conocimiento de los hechos sociales de los diversos pueblos y desde el tiempo pasado; con el Derecho Comparado, y con la Etnología, con la Biología y con Psicología. Además con la Estadística que le permite conocer muchos casos de un mismo fenómeno

social y así obtener conclusiones aproximadas acerca de su producción y de las causas a que obedece.

Algunos sociólogos consideran que la Sociología no debe permanecer en el plano meramente teórico sino que debe tener una aplicación concreta. Así el reputado sociólogo norteamericano Lester F. Ward (autor de un difundido «Compendio de Sociología») considera que existen sociología pura, que trata de establecer los principios de la ciencia y sociología aplicada, que señala sus aplicaciones actuales o posibles (sus obras fundamentales se denominan: «Sociología Pura» y «Sociología Aplicada»). Morris Ginsberg plantea acertadamente una justa posición cuando expresa: «La Historia de la Humanidad es la historia de un conflicto creciente entre los elementos racionales e irracionales de la naturaleza humana. Los elementos que tienden a la unidad y la cooperación están mezclados con otros que favorecen la rivalidad y el exclusivismo, los temores y las envidias. A medida que la escala de su actividad se amplifica, se empeora el conflicto por la complejidad creciente de la vida y la multiplicación de las oportunidades de discordia. La idea de que este vasto proceso debe y puede ser conscientemente controlado y dirigido, ha surgido ya en teoría. Pero la concepción de una humanidad dirigida conscientemente por sí misma es nueva y hasta ahora en extremo vaga. Elaborar todas sus implicaciones teóricas y, con la ayuda de las demás ciencias, inquirir las posibilidades de su realización, puede decirse que es el objeto supremo de la Sociología».

Quién mejor ha delimitado el campo de la Filosofía de la Historia y de la Sociología y ha dado los elementos para una definición de ambas ha sido el destacado sociólogo español Adolfo Posada (autor de un excelente tomo: «Principios de Sociología»), en la forma siguiente: «La Historia, la Filosofía de la Historia y la Sociología tienen, como materia, la realidad social, en un cierto sentido, la humanidad misma; pero, en la Historia importan los hechos que han existido, ocurrido; en la Filosofía,

la explicación racional de estos hechos; y en la Sociología, la interpretación de la realidad social, del orden social, en cuanto social. Además, la Historia abarca el hecho como tal y lo que importa no es que el hecho sea social sino que sea histórico; la Filosofía de la Historia comprende la explicación del hecho por la razón mientras que en la Sociología lo que interesa es lo que la realidad tiene de social; quizás aunque no sea humano, pues hay las sociedades animales. Aparte de estas diferencias cualitativas, hay otras cuantitativas; la Historia se detiene en el presente, mira hacia atrás tiene límites en el espacio donde el hecho ha ocurrido y en el tiempo en que los hechos se han realizado. La Filosofía de la Historia se pone por encima del tiempo y prescinde del espacio como condición de una localización dada del hecho dado, pues pretende explicar el proceso humano y social. La Sociología considera este proceso en cuanto es social y supone todos los problemas de la actualidad y del porvenir sociales».

* * *

Con mucha exactitud el historiador francés Albert Mathiez ha escrito: «la erudición es una cosa y la historia es otra. Aquella investiga y reúne los testimonios del pasado, estudiándolos uno a uno y confrontándolos para que de ellos surja la verdad. La Historia reconstituye y expone. La erudición es análisis; la Historia, síntesis». En nuestro país la Historia ha sido eminentemente erudita y la de síntesis e interpretativa está por hacerse. En el terreno de la historia erudita resplandecen figuras de contornos continentales como don Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Enrique Matta Vial, Domingo Amunátegui Solar, que resumen y expresan las cualidades de los historiadores chilenos.

Don Guillermo Feliú-Cruz, en su excelente estudio «Barros Arana y el método analítico en la Historia», que sirve de Prólogo a su edición de la obra titulada: «Orígenes de Chile» de Diego Barros Arana (reúne los capítulos sintéticos de su «Historia general de Chile»), dice en algunos párrafos sobresa-

lientes: «Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado... Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros (Bello y Barros Arana) ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espúrea de ideales y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos»...

Los grandes historiadores liberales, como Barros Arana, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Tomás Guevara, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Galdames, representan, desde un

ángulo filosófico, discrepancias con los historiadores conservadores, como Ramón Sotomayor Valdés, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, especialmente en el plano religioso y en el campo de la educación; pero en los problemas fundamentales de carácter económico-social, su posición es idéntica y su actitud de indiferencia frente al pueblo es la misma.

Don Diego Barros Arana compendia la posición liberal en el terreno religioso y educacional cuando en carta a Bartolomé Mitre le expresa, a propósito de su separación del Instituto Nacional, lo siguiente: «Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdió medio alguno para suscitarme dificultades». Por otro lado trató Barros Arana, de darle a la investigación histórica un sentido científico con métodos y principios extraídos de las ciencias naturales y con un marcado afán de encontrar leyes causales inmutables en el acontecer histórico nacional, que es producido bajo la idea del evolucionismo y del principio del progreso. Pero sus discrepancias son bien pequeñas (las más graves son de orden personalista de acuerdo con la clásica pugna de carreristas y o'higinistas, de monttinos y anti-monttinos, de balmacedistas y anti-balmacedistas, sin siquiera profundizar en la realidad de fondo sobre la cual se levantaron y actuaron estos caudillos) y en la investigación minuciosa y resultados concretos de ella, en el análisis de los acontecimientos, de sus causas y consecuencias, en el enfoque de los hombres que ocuparon los planos dirigentes, en la atención y preferencia de sus temas, no se diferencian ni se separan en forma fundamental. La norma que ha imperado en la investigación es la minuciosidad erudita y, a menudo, baladí. La vocación histórica de nuestra raza ha tenido mucho de heráldica y biográfica y de coleccionadora de cuantas minucias inútiles existen en papeles desconocidos. Solamente en

obras ocasionales, o en ensayos, han tocado algunos escritores en la médula de nuestro proceso histórico, en su fondo vital, interpretando la evolución del país, según causas bien definidas. José Victorino Lastarria en sus «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile», acomete un análisis vertebral de la sociedad chilena y atribuye los vicios y la reacción imperante al régimen feudal de las encomiendas, y, en general, al sistema colonial establecido por los peninsulares y mantenido intacto una vez que se logró la Independencia. El ensayo de Lastarria constituyó una audacia que fué sancionada con el anatema de Bello y sus discípulos. Santiago Arcos Arlegui en su célebre «Carta a Francisco Bilbao», aparecida en 1852, es el primero que lleva a efecto un estudio explicativo del desenvolvimiento de la sociedad chilena buscando sus causas últimas y determinantes. Para él es la lucha de clases, aristocracia terrateniente versus pueblo trabajador (artesanos, obreros y campesinos) la que caracteriza la fisonomía, condiciones y estado del país. Esta teoría interpretativa tan avanzada ha sido igualmente sustentada por el esclarecido periodista, político y orador liberal, don Isidoro Errázuriz, quien en «Historia de la Administración Errázuriz», de la que nos ha llegado únicamente la Introducción, ha llevado a cabo, en forma particularmente brillante, un ensayo de hondura y clarividencia notables señalando, al igual que Arcos, la existencia de una pugna de clases en la base de nuestro proceso histórico. Francisco Bilbao en «Sociabilidad Chilena» ataca el dogmatismo de la Iglesia y el fanatismo clerical, como causas de la reacción imperante. Vuelve a la misma afirmación, y amplía su estudio al plano social, en su «Carta a Santiago Arcos». Nicolás Palacios, en «Raza Chilena», trata de explicar la evolución nacional, tan destacada dentro del conjunto hispanoamericano, por razones de carácter étnico, influenciado por las doctrinas del conde Gobineau y sus seguidores Vacher de Lapouge y Ammon. Alejandro Venegas (doctor Julio Valdés Cange) en su libro «Sinceridad

dad. Chile íntimo en 1910», lleva a cabo un detenido análisis de nuestro desarrollo indicando que las causas económicas han sido decisivas en la marcha de la historia patria, la injusta realidad económica ha generado el dominio de una clase que ha gobernado exclusivamente en su provecho a costa de la miseria y el atraso del pueblo. Alberto Edwards, en su popular obra «La Fronda Aristocrática», ha verificado un estudio original y sugerente de nuestro desenvolvimiento histórico republicano. Para él el motor animador del proceso chileno sería la lucha constante entre la aristocracia, clase ejidal en la sociabilidad nacional, y el Estado que, como creación portaliana, estaría por sobre los intereses clasistas. Aunque esta concepción es débil y discutible la obra de Alberto Edwards es notable por sus observaciones, juicios, puntos de vista nuevos y su construcción sintética. Carlos Vicuña Fuentes en «La Tiranía en Chile» enfoca el proceso social y político chileno con originalidad y vigor sintético. La primera parte de su obra es valiosísima, pues en ella traza un bosquejo preciso de la formación de la sociedad chilena desde la Colonia hasta la primera guerra mundial. Las páginas en que expone el origen de las clases sociales existentes, de sus elementos constitutivos, de sus rasgos psicológicos y de sus intereses antagónicos, son de extraordinario mérito.

Don Domingo Amunátegui Solar, abandonando momentáneamente su labor erudita, trazó un excelente compendio sobre la historia del país en la que se esfuerza por señalar sus aspectos sociales hasta llegar, más tarde, a la publicación de su «Historia social de Chile», en la que afirma la importancia del pueblo y su real participación en el desenvolvimiento nacional. Don Luis Galdames ha dejado excelentes páginas y diversos ensayos en los que aborda con valor aspectos de la realidad económica y social del país y señala la dominación clasista, de carácter oligárquico, que ha imperado. Se aprecia este criterio de Luis Galdames en sus obras: «La evolución constitucional de Chile» y «Valentín Letelier». Guillermo Feliú-Cruz, dejando de lado sus

búsquedas bibliográficas, ha escrito algunos buenos ensayos que presentan los problemas de la historiografía nacional y en su «Esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX» nos entrega una novedosa visión de dicha centuria.

Ricardo Donoso, minucioso biógrafo de Barros Arana, Vicuña Mackenna, A. J. de Irisarri y de Ambrosio O'Higgins en su esquema titulado: «Evolución social de Chile desde la constitución de 1833 hasta nuestros días» expone diversos acontecimientos, hasta el presente soslayados, e indica el papel de figuras que no han sido debidamente consideradas.

En la actualidad acapara el interés de los círculos intelectuales don Francisco Antonio Encina, historiador vigoroso que se dió a conocer en 1912, con dos obras sociológicas notables: «La educación económica y el Liceo» y «Nuestra inferioridad económica». Ahora está dando a luz una vasta «Historia de Chile», que comprenderá 15 volúmenes. Encina ha atacado duramente a los diversos historiadores nacionales chilenos; en especial a Barros Arana, en quien le sublevan su «sencillez indigente», el «simplismo», la «confusión de la cultura con el desarrollo cerebral», etc.; solamente encuentra bien dotado a Vicuña Mackenna, aunque lo demuele al agregar que «se dió en él el caso raro de que la forma imaginativa del niño persistiera más allá de los cincuenta años»... Muchos de los reparos de Encina a nuestros historiadores son justos y perspicaces, pero, a menudo, cae en el insulto y en la más tremenda petulancia, haciéndose insoportable y antipático al pretender destacar su figura como la del historiador por antonomasia. Aparte de estos desbordes megalómanos, y de algunos juicios lapidarios y tremebundos, expuestos en un lenguaje muy personal y pintoresco, Encina es un historiador valioso que trata de innovar tanto en la concepción filosófica para apreciar la Historia como en el arte para presentarla. Es un adepto a las teorías étnicas de Gobineau, Vacher de Lapouge, Chamberlain, y a la filosofía intuitiva de Bergson y tiene más fe en la imaginación para reconstruir y

animar el proceso histórico que en la mera frialdad escueta del razonamiento, aunque defiende, al igual que Barros Arana, la necesidad irremplazable del documento y su análisis. De su obra «La literatura histórica nacional» se desprende que la esencia de sus doctrinas se concreta en la afirmación que todos nuestros historiadores, a excepción de Nicolás Palacios en «Raza Chilena», han partido de un doble error histórico y psicológico en la interpretación de la historia nacional. Según él consiste el primero en suponer que el conquistador americano y el colonizador de Chile tenían la misma composición étnica que la masa de la población peninsular; y el segundo, en prescindir de las consecuencias psicológicas del cruzamiento del conquistador con el aborígen. El español que llegó a Chile tenía un mayor porcentaje de sangre goda que los que llegaron a los demás países americanos lo cual influyó en el temperamento y carácter chilenos; la capa vasca sólo la recubrió, sin destruirla, a esa base goda a fines de la Colonia (Las ideas de Palacios ya han sido refutadas por carecer de realidad científica; sin embargo, su libro es de gran valor y, sobre todo, es la expresión de un alma sinceramente patriota que deseaba levantar al pueblo chileno).

Las ideas del señor Encina son discutibles, por cuanto sus afirmaciones se basan exclusivamente en su capacidad intuitiva y en su honorabilidad personal y no en hechos concretos y demostrables. Es un castellano arremetiendo en contra del autonomismo vasco en el campo de la historia nacional.

En el tomo III de su «Historia de Chile», en los capítulos III, IV y V que tratan sobre la formación de la raza chilena, estudia las sábanas progenitoras, el cruzamiento de las razas progenitoras y los resultados psicológicos del mestizaje, desarrollando con cierta extensión su teoría expuesta en «La Literatura Histórica Chilena», que hemos citado más arriba. Aquí afirma: «la selección psicológica engendró una selección étnica: el castellano viejo, el andaluz, el leonés, el extremeño, etc. que pasaron a Chile, traían en sus venas una alta proporción de

sangre germana. Esta sangre dispersa en la Península en un corto número de individuos, que salpicaban la gran masa, se concentró en Chile en los doce mil mestizos ibero-godos que vinieron hasta 1630, y, en menor proporción, en los que continuaron llegando más tarde; y pesó sobre el temperamento, el carácter y el intelecto chilenos». Reconoce que «esta impresión traspasa los dominios de la historia; a lo menos no es susceptible de ser comprobada documentalmente... La estimación sobre el porcentaje de sangre goda que traía el progenitor español del pueblo chileno, no puede asentarse sobre ninguna base seria. Pero su influencia psicológica es tan viva que se necesita la insensibilidad cerebral de los historiadores vascos del siglo XIX para no percibirla»... A los historiadores jóvenes les corresponde presentar nuevos aspectos del proceso histórico nacional y, sobre todo, investigar en su raíz económico-social hasta entregarnos una visión exacta, verídica y de acuerdo con el real desenvolvimiento nacional, de la que hasta el momento carecemos.